

FILMS DE AMOR

Cuando los hombres aman



Núm.
17

50
Cts.

France Dhelie - Genica Missirio

FILMS DE AMOR

DE

BIBLIOTECA FILMS

Redacción, Administración y Talleres:


Apartado de Correos 707

Teléfono 968 G

BARCELONA

Año III

Núm. 17


50 céntimos

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Cuando los hombres aman

narración del argumento de la película del mismo
título inspirada en «Prince Zilah, la formidable
concepción de

JULES CLARETIE



presentaciones
"Cine-bonaparte"

de

Federación Cinematográfica Latina

Oficinas Centrales - Valencia, 208 - BARCELONA

Registrada. Queda hecho el
depósito que marca la ley.



PERSONAJES FABULOSOS

El Cid de Hungría, el héroe nacional inspirador de poetas e ideal de mujeres, es el Príncipe Zilah, a cuyo nombre van atadas cuantas glorias guerreras de hidalgas características o gestas de amores de gallarda delicadeza llenan la historia Magyar.

Con su rostro de un oval enérgico enmarcado vigorosamente por su barba negra y puntiaguda, sus ojos tristes y centelleantes a la par, su boca sensual y su simpatía irresistible, el Príncipe Zilah ha pasado, reencarnándose de una a otra generación como un héroe nacional, prototipo del protagonista de los vigorosos amores, de las intensas e ideales pasiones.

El actual poseedor de tan glorioso título, era

digno descendiente de los suyos. Conservando la silueta inconfundible de aquella familia de héroes se cubrió de laureles mandando una compañía húngara citada más de una vez en la orden del día durante la campaña 1914-1918 y ahora vivía completamente retirado en su finca de Henzelar, mansión de ensueño que asomaba al juguetón Mediterráneo desde la tribuna incomparable de la Costa Azul.

Pero la nombradía de sus glorias y la fama de su personalidad había echado hondas raíces en la ciudad y muy especialmente entre la alta sociedad húngara refugiada en la capital a raíz de los sucesos políticos registrados en su país.

Se daba un verdadero culto a su nombre en casa de la Baronesa Dinati, encantadora mujer de una treintena de años, viuda del Coronel Barón Dinati, la cual había conseguido salvar del naufragio casi toda su inmensa fortuna y fulguraba de un modo radiante de manera tal que sus salones eran solicitadísimos por la "élite" del gran mundo.

Al empezar nuestra narración encontramos a la gentil Baronesa atareadísima terminando los últimos detalles de organización para una fiesta solemne que celebraba aquella misma noche en su suntuoso palacio.

Sí, como hemos dicho, había generalmente enorme interés para asistir a sus reuniones, júzguese de la expectación existente para la de aquella noche al saber que el Príncipe Zi-

lah había ofrecido salir de su voluntario retiro para asistir a ella.

La de Dinati se encontró en verdaderos compromisos para escoger entre los asistentes a fin de efectuar una forzosa selección sin rozar susceptibilidades de nadie. Pero la Baronesa poseía precisamente como supremo galardón la exquisita finura propia para salir airosa en tales casos.

A las diez de la noche empezaron a acudir los primeros invitados, saliendo de las suntuosas carrocerías de sus automóviles como perlas y diamantes negros de sus estuches. Tal parecían las mujeres semivestidas con sus "toilettes" brujas y los caballeros enfundados en fraes impecables.

La de Dinati vestía con la elegancia suprema que la caracterizaba y se multiplicaba de un modo inverosímil para atender a sus invitados. Aquella sociedad de ultramodernos había querido homenajear al Príncipe Zilah, imprimiendo a la reunión un carácter sobrio sin estridencias de "cabaret". Y se había desterrado el "jazz-band", pero las bellas invitadas que cultivaban el piano ejecutaban sobre él las más bellas melodías del arte de los "Tziganes".

¿Es que el Príncipe Zilah era un anticuado?

En modo alguno. Pero el Príncipe paseaba por Europa su personalidad inconfundible, pasando, sin perderla, por entre el torbellino que le rodeaba. Si la guerra y su cola espan-

tosa enloqueció a la humanidad haciéndola buscar en el torbellino de las diversiones desenfrenadas un olvido que no hallará la presente generación, el Príncipe se volvió, con la desgracia, más reservado, más encerrado en sí mismo, y tuvo un gesto de dolor y de desprecio.

Si antes fué un hombre cuyos éxitos entre las mujeres no podían contarse, a raíz de los sucesos que se desarrollaron en Europa unido a los desengaños sufridos, ahora se había vuelto un hombre asqueado del medio ambiente que le rodeaba y había llegado a la conclusión de que ninguna mujer merecía ser amada como él quería y podía brindarle.

Pero esta "actitud" le daba aún mayor y ventajosa aureola cerca de las mujeres, y así no es extraño que la reunión de la de Dinati se viera asediada por las más bellas elegantes del París de selección.

—Amigos míos—decía la Baronesa, ufana y satisfecha, a un grupo de invitados—, he conseguido que venga el Príncipe Zilah... Le veréis, parece un hombre arrancado de un tapiz antiguo. Su fisonomía denota un verdadero "carácter", la barba que enmarca su rostro, su mirada melancólica y enérgica... ¡Parece un reencarnado en estos tiempos de "charleston"!...

La fiesta estaba en todo su apogeo, reinaba una inusitada pero discreta animación sólo

saboreable en los grandes salones de los verdaderos aristócratas.

De pronto un criado anunció:

—Su alteza el Conde Transylvain, Príncipe André Zilah.

Y todas las miradas convergieron a un mismo punto y muchos corazones femeninos palpitaban con violencia.

Apareció un hombre de unos treinta años; vestía un frac impecable. Bien formado aunque no grotescamente atlético, tenía una figura absolutamente característica. Pero lo que llamaba su atención era la expresión de su mirada enérgica y melancólica a la par. Su cabeza hubiera podido servir de modelo a un pintor que hubiera querido llevar al lienzo la imagen de un romántico a cuya sensibilidad de espíritu hubiera querido añadir la más masculina y enérgica de las miradas.

Le acompañaba Yanki Varhely, un coronel retirado del ejército húngaro que compartía con él la vida de destierro que se había impuesto. Era su mejor amigo, su consejero. Compañero de armas de su padre Sandor Zilah le había visto nacer y le profesaba todo el cariño de un verdadero amigo y el afecto casi paterno de una especie de tutor.

No bien aparecieron aquellos hombres en los salones de la Baronesa, inmediatamente se vieron rodeados de los asistentes que pugnaban por estrechar su mano y darles la bienvenida. El porte del Príncipe Zilah era la marca

de su aristocracia y la elegancia de sus modales el más preciado blasón de su escudo. Así cautivó instantáneamente la simpatía de los que no le conocían personalmente y solidificó la de los que habían ya tenido ocasión de estrechar su mano u honrarse con su amistad.

Cuando hubo pasado el primer momento de esta especie de confusión que se manifiesta en cualquier reunión cuando aparece una personalidad esperada, la Baronesa tomó al Príncipe por su cuenta y le dijo con cierta segunda intención:

—Si yo sé todos sus méritos y conozco la aureola gloriosa que le rodea, es porque una amiga mía, compatriota y entusiasta suya, no me sabe hablar de otra cosa en todo el día.

El Príncipe profesaba un verdadero afecto a la Baronesa. Se habían frecuentado asiduamente en la corte de Buda-Pest y entre ellos nació bien pronto este sentimiento tan difícil de establecer y que se llama la amistad. Así reinaba entre ellos una franca camaradería, amable pátina que cubría el verdadero afecto que se profesaban.

Sólo para el Príncipe, tenía la de Dinati un defecto. Era el haberse impuesto la tarea de casarlo. De modo que en cuanto la Baronesa pronunció las anteriores palabras, Zilah tuvo una mueca que quería ser una sonrisa.

—... Ya sé que cree muy poco en el amor de las mujeres—continuó su amiga sonrien-

do—. Pero esta joven, compatriota y entusiasta suya... ¡Le admira tan profundamente!... Y la admiración en la mujer es la base más sólida para sostener una pasión duradera.

—Mi querida amiga, bien sabe usted que profeso toda mi admiración a las hermosas muñecas que nos rodean... en cuanto a las mujeres, hay tan pocas que es inútil ocuparnos de ellas.

—Oiga, Príncipe; estamos dando vueltas a un círculo vicioso. Las mujeres viendo la indiferencia de los hombres reniegan de sus sentimientos y se vuelven de vez en vez más "muñecas", como usted dice. Los hombres, arguyendo que aquéllas son unas muñecas, les prestan cada vez menos la atención de su corazón... ¿dónde iremos a parar si las personas sensatas sustentan opiniones como la suya?

—Bien, no filosofemos. Por lo demás, tendré suma satisfacción en conocer a su amiga...

—¡Ah!, no, no... es que no se trata de una amiga que sienta curiosidad por conocerle y me haya rogado que les presente. Es que se trata de una mujer excepcional, es húngara de nacimiento y de corazón y tan entusiasta de su país y de sus glorias, que entre nosotros la llamamos "La Tzigane".

—Así, pues, huelga que le pregunte si su "Tzigane" es hermosa... ¡Son todas ellas de una belleza tan particular y característica!...

Mientras seguían hablando, en otro grupo

Varhely explicaba a sus oyentes refiriéndose al Príncipe Zilah.

—Desde que el trono de San Esteban se encuentra vacante, el Príncipe se ha encerrado en un ensimismamiento tal, que bien puedo asegurar que no ama a mujer alguna. Su amante es su patria.

Si, como permite la forzada brevedad de esta narración, conocemos ya al Príncipe Andrés Zilah, ¿no debemos describir la personalidad de la amiga que ha obtenido de la Baronesa las palabras que hemos escuchado de sus labios?

La de Dinati se refería a Marsa Laszio, que en aquel instante descendía de un automóvil interminable acompañada de un caballero. Como surgiendo de un mundo de leyendas que unía al Príncipe Zilah de cada generación el destino de una mujer ferviente admiradora de sus glorias, toda pasión, predestinada a ser su reina y su esclava a un tiempo, llegaba engalanada con los adornos de la modernidad una mujer de belleza extraña, exótica, ardiente...

Lo que llamaba más la atención en Marsa Laszio eran sus ojos inmensamente grandes cuya expresión era irresistible, velados a veces por unas pestañas que los ensombrecían prudentemente. Estos ojos extraordinarios imprimían a su rostro una expresión extraña y encantadora, su boca roja y su nariz que aleataba indiscreta al menor estallido de sus pa-

siones, completaban el atractivo innegable de su belleza arisca. Su cuerpo si no tenía la esbeltez de la mujer parisina, ostentaba la suave opulencia de las bellezas clásicas que enardecieron los entusiasmos de los héroes de la antigüedad.

Su entrada en el salón fué sensacional, la espléndida elegancia de sus atavíos firmados por la mejor modista de París y el especialísimo distintivo de su figura unido a que la mayoría de los invitados conocía el complot que la de Dinati había fraguado contra ella y el Príncipe Zilah, cautivó la atención de los asistentes y el propio Príncipe sintió a su vista una profunda impresión.

Inmediatamente corrió hacia ella la Baronesa y tomándola de la mano la condujo al lado del Príncipe presentándosela, y con mucha diplomacia los dejó solos pasando a ocuparse del General Vogotzine que era el acompañante de la hermosa "Tzigane".

Zilah le ofreció su brazo sobre el que ella depositó temblorosa el suyo desnudo, ambos se miraban fijamente e iban avanzando hacia el jardín de invierno.

—Aunque nunca le había visto, Príncipe— empezó diciendo Marsa—, yo le conocía desde hacía muchísimo tiempo. Cuando desde niña leía las gloriosas hazañas de los Zilah, en todos los grabados encontraba vuestro retrato en los rostros de aquellos héroes que fueron,

Y escudriñaba el rostro de su interlocutor con curiosidad de niña maravillada.

—Y de usted personalmente—continuó—¿con qué fruición leía sus prodigios de heroísmo en la guerra que conmovió al mundo recientemente!

Se habían sentado, y Zilah contemplaba aquella criatura originalmente hermosa con enorme interés que dibujaba en sus labios una tenue sonrisa de extrañeza y satisfacción.

—No se burle de mí—prosiguió ella bajando sus ojos inmensos—. Mi pasado tiene puntos de contacto con el suyo... y soy tan supersticiosa...—y mirándole fijamente y con el mayor entusiasmo agregó—: Conozco sus hazañas una a una, recuerdo exactamente las fechas en que se desarrollaron...

—Señorita—interrumpió Zilah—, su admiración hacia mis antepasados me enorgullece, la inmerecida que a mí me profesa me confunde. Yo no comprendo cómo una mujer puede haberse interesado por el estricto cumplimiento del deber de un soldado.

—¿Cómo no he de ser una exaltada si toda mi historia es excepcional? Mi madre Tisza, prisionera de guerra del Conde Teheretteff estaba reconocidísima a vuestro padre Sandor Zilah... y desde pequeñita me hablaba siempre de vuestra familia de héroes y me educaba en una admiración próxima al culto por vuestro nombre. Según parece, vuestro padre obligó al Conde a que se casara con mi madre

haciéndole comprender que no merecía ser tratada como una esclava sino como una esposa... y usted mismo, entregó este broche a mi madre el día que murió Sandor Zilah...

Marsa había hablado con entusiasmo, pero con cierto ademán de sonámbula, cual si la voz del pasado saliera de sus labios, y al pronunciar las últimas palabras mostró sobre su turgente pecho un imperdible de brillantes de un valor incalculable.

Por su parte Andrés la había escuchado con una atención casi ansiosa y al fijarse en el broche tuvo un pequeño grito de sorpresa.

—Oh... sí... ahora recuerdo—dijo con honda emoción acariciándola con la mirada—, la hermosa Tisza, la de agreste belleza. El destino la había creado para hacer la felicidad de un Zilah... la villanía de Teheretteff impidió su hermoso sueño...

En efecto, Tisza había sido la gran pasión de Sandor Zilah, en cada heredero del glorioso título un amor intenso y desventurado se había manifestado. Tisza murió sin haber podido realizar el hermoso sueño del héroe...

Ante tales evocaciones Andrés sintió que algo extraño removía todo su ser, se acercó a Marsa que le contemplaba extasiada y tomando la cabeza de la joven entre sus manos la dijo quemándole los labios con su aliento:

—Tú tienes la misma belleza arisca y extraña de tu madre... los mismos ojos enormes como

luceros cuya expresión salvaje y ardiente acaricia y hiere a un tiempo...

Parecía que aquellas dos personas que se veían por vez primera se conocieran desde tiempo inmemorial, es más, se miraban como se miran los amantes después de una larguísima separación...

Pero volvieron prontamente a la realidad. El Príncipe Zilah volvió a ser el caballero de intachable respetabilidad hacia las damas y Marsa Laszio una mujer incapaz de consentir el menor adelanto por parte de un hombre.

En el gran salón, la Baronesa Dinati explicaba a Yanki Varhely refiriéndose a Marsa Laszio:

—El Conde Teheretteff reparó su falta casándose con ella. Y al morir legó su inmensa fortuna a su única hija Marsa que vive bajo la indulgente tutela de su tío el General Vogotzine.

Recuerde usted este título

¡Mi hijo antes que nadie!

EL MISTERIO DE UNA REALIDAD

El Príncipe había experimentado una emoción tan deliciosa y desconocida escuchando a Marsa que sintió la impresión de que vivía momentos de los más trascendentales de su destino. Alguien afirma que los humanos no morimos nunca y que nuestros espíritus por medio de reencarnaciones sucesivas van consiguiendo la realización de la misión que les ha sido confiada. Así explican muchos las simpatías y las antipatías momentáneas que sentimos ante otra persona. Anteriores amistades o rencores son las causas que producen el fenómeno. Y si así explican estos sentimientos, ¿acaso en estos amores súbitos, avasalladores que los parisinos han calificado tan magistral-

mente de "coup de foudre" no pueden reconocer idéntico origen y el hombre y la mujer que caen bajo su dominio no se habrán quizá amado en otras encarnaciones?

¿Quién sabe? Necio fuera negar a priori teorías que tienen tanta base como otras que han sido tenidas por dogmáticas durante siglos y más siglos y que menos piadosas o mal interpretadas, han hecho correr regueros de sangre por el mundo...

Perdónesenos esta pequeña digresión en una narración de tal índole, mas como quiera que el autor de la novela, el ilustre Jules Claretie sustenta la idea de que Zilah y Marsa no eran sino la reencarnación de muchos Zilah y sus amantes, que por la mediación de villanos en sus relaciones no pudieron pereteneerse, preciso ha sido que explicásemos a nuestros lectores somerísimamente la teoría en que se basa la leyenda húngara que ha inspirado al autor y éste a su vez la película cuya narración efectuamos con la mayor modestia.

Marsa Laszio llevaba una vida retiradísima y sus actitudes eran un tanto extrañas. Parecía presa continuamente de una horrible pesadilla que la persiguiera por doquier. Ni los goces y comodidades que podían proporcionarle la posesión de una fortuna inmensa, ni el paternal afecto de su tío el General, ni la tierna amistad de la Baronesa podían desfrun-

cir su ceño ni distraer su mirada siempre atenta a un punto indefinido del espacio. Únicamente la idea de que iba a conocer al Príncipe Zilah de sus ensueños, pareció interesarla inmensamente y su amiga la Baronesa estuvo absolutamente convencida de que el modo de proceder de Marsa obedecía a la adoración que sentía por su personaje favorito, admiración que muy bien podía haberse convertido en adoración amorosa.

Pero después de haber conocido al Príncipe y haberse convencido de que era indudablemente el hombre soñado y comprender ufana que ella también le había producido profundísima impresión, Marsa se volvió más huraña, más extraña, más ensimismada que nunca y sus actitudes se hicieron más inexplicables.

Cada mañana acostumbraba a dar un paseo sobre su hermoso caballo, seguida por sus dos perros favoritos, Ortog y Duna, un par de perros formidables cuya fiera sólo podía dominarla la blanca mano de su dueña.

Al emprender—el día siguiente a su primera entrevista con el Príncipe—su acostumbrado paseo, fustigó de modo tal a su caballo que el noble animal poco acostumbrado a tratamiento semejante emprendió velocísima carrera.

—¡Pero esta chica parece loca—comentó el General espantado—, eso no es paso de paseo... es una carrera desenfrenada!

Pero ya Marsa había desaparecido en un recodo del camino seguida siempre por sus mejores amigos, Ortog y Duna.

Cual si un misterio extraño turbaba la tranquilidad de su alma, Marsa acudió al consuelo de la oración... Y así el final de la carrera fué un hermoso convento situado sobre la magnífica Côte d'Azur. Un convento abandonado, pero que manos piadosas cuidaban de mantener en pie. Muy especialmente la capilla estaba conservada con todo esmero y alguna vez al año se celebraba culto allí.

Aquella mañana Marsa parecía más exaltada, más dolorida que nunca...

Se acercó al altarcito y con los ojos fijos en la imagen que en él se veneraba, se arrojó sobre un reclinatorio con verdadero fervor. No tardaron en brotar oraciones de sus labios y lágrimas de sus ojos. Profundos suspiros se escapaban de su pecho... y acabó por llorar amargamente.

—¡Necia de mí—comentaba para sí—, sólo la soledad de un claustro podría devolverme la tranquilidad!... La dicha... el amor... ¡son ya imposibles para mí!

Si la oración pudiera aliviar siempre la angustia y borrar los dolorosos recuerdos... Pero por el contrario Marsa clavó sus ojos enormes en la imagen, y su rostro se crispó con el rictus del espanto. Se levantó como perseguida por una horrenda visión.

—¡Oh, no!... Perdón... ¡No le engañaré, no!...

Y salió corriendo como una loca hasta su caballo sobre el que saltó con un gesto nervioso y espoleó con crueldad echando a correr temerariamente, seguida de sus nobles favoritos quienes parecían, como el caballo, desconcertados por la actitud estrafalaria de su ama, otras veces tan cariñosa con ellos.

Entró en el parque de su Villa como una tromba, y el lacayo que la esperaba ante la escalera principal, con gran trabajo pudo asir las riendas del caballo y detenerlo.

Marsa saltó sin decir palabra. Su tío que la estaba esperando lleno de ansiedad le dijo con dulce reconvención:

—Hija mía.. ¿qué es eso de correr de este modo?... Parece que lleves la muerte persiguiéndote.

—Hay cosas mil veces peores que la muerte—repuso Marsa, y ganó apresuradamente el piso y su habitación.

AMOR

Desde hacía algunos meses Andrés Zilah visitaba diariamente a Marsa. Una fuerza irresistible le impulsaba hacia la belleza que enloqueció a su padre sin poderle dar la felicidad... cual si un pasado fatal quisiera revivir...

Marsa por su parte seguía en su inexplicable agitación nerviosa y locamente enamorada del Príncipe, parecía debatirse entre fantasmas o visiones horripilantes. A veces, pensando en el hombre que adoraba, una sonrisa angelical se dibujaba en su boca de sangre, pero prontamente sus ojos abríanse desmesuradamente, su pecho se agitaba y acababa por estallar en amargo llanto.

Cierta tarde, en que el tibio ambiente de la incomparable "Costa de Plata" era más embriagador que de costumbre y la orgía de luz y color que sobre el mar se desarrollaba tenía una vistosidad de cabalgata, Marsa se encontraba sentada delante de su piano desde cuyo punto y a través de un ventanal gigante se divisaba el paisaje de maravilla. Atardecía. Las ondas iban tomando un tinte de amaranoto y el sol opalizaba el ambiente dejándose desfallecer en el horizonte...

—Y la hermosa enamorada
Fué Princesa de Zilah..."

Así cantaba Marsa mientras sus manos de nácar corréteaban nítidamente sobre el teclado y sus ojos semicerrados parecían saborear la vigorosa caricia del astro Rey.

—¡El Príncipe Andrés Zilah!

La voz ceremoniosa de un criado anunciando la visita, truncó aquel momento de espasmo sentimental. El Príncipe en carne y hueso penetró en la estancia.

—Era usted, ¿verdad Marsa?... que ejecu-

taba este canto popular tan grato a mi corazón...

La joven se levantó ruborizada y le miró con embeleso.

Ella se había sentado nuevamente ante el piano mientras Andrés la acariciaba con la mirada. Narsa se volvió y sus ojos se encontraron.

—¿A qué seguir callando—la susurró al oído con voz dulcísima el Príncipe—. Te quiero...

Marsa se estremeció, mas nada dijo.

—Siempre los Zilah—continuó Andrés—se han cruzado en la vida con una mujer como tú... ¡Que ha sido su único amor!... nosotros podemos amarnos como aquéllos sin que nada nos separe... el porvenir nos pertenece... Marsa... ¿Quieres ser mi esposa?

La joven tuvo un sobresalto y forzando para desprenderse de los amorosos brazos que la habían apresado, exclamó:

—¿Que nada nos separa dices?... ¿Ser yo tu esposa?... ¡Nunca!

—Marsa... Marsa...

—Te amo, te quiero... pero si tú supieras...

—No te comprendo...

—Si pudiera unir mi vida a la de algún hombre... Oh, no lo dudes... ¡Este serías tú!

Andrés estaba completamente desconcertado, harto se veía que Marsa presa de la mayor excitación pugnaba por expresar el tumultuoso estado de su ser.



Marsa, presa de la mayor excitación pugnaba por expresar el tumultuoso estado de su ser.

—Déjeme—dijo al fin recobrando superficialmente la serenidad—. Por Dios se lo ruego... estoy nerviosísima...

MIGUEL MENKO

Algunos días después el Príncipe Zilah celebraba una fiesta íntima a bordo de su Yatch. Era éste un hermoso barco que gallardeaba graciosamente sobre las himpidas aguas del mar azul. Zilah le había puesto "Espero-Pax" y a su bordo había realizado magníficos viajes que le habían dado el conocimiento del mundo entero.

La Baronesa de Dinati había acudido de las más puntuales, y se mostraba jovial y animadísima cual si un suceso afortunado hubiera de desarrollarse aquel día. Estrechó con efusión la mano del Príncipe Zilah quien correspondió con un gesto que significaba agradecimiento y felicidad.

Es que la de Dinati había confidenciado a Marsa y la había convencido de que debía seguir los dictados de su corazón. Andrés Zilah, después de insistir repetidas veces cerca de su amada, había precisado que el día de la fiesta a bordo del "Espero-Pax" necesitaba saber una respuesta definitiva.

Marsa Laszio acudió algo retrasada. Su rostro, animado por sus ojos enormes orlados intrigantemente por unas ojeras marcadísimas,

denotaban que había pasado la noche presa de irreconciliable insomnio. Zilah le besó la mano con respeto y fruición a un tiempo.

Poco después la gentil Tzigane llamaba aparte al buen Varhely que acudió apresuradamente:

—¿Cree usted que el Príncipe sufriría mucho—le dijo Marsa a boca de jarro—si yo no consintiera en ser su esposa?

Varhely, sintió que un momento solemne se deslizaba para la vida de su entrañable amigo y dijo con voz sorda:

—El Príncipe es de los que sólo aman una vez en la vida...

Marsa le miraba fijamente, Varhely continuó:

—...de los que saben cometer una locura por una mujer... una locura de las que dan la muerte...

La hermosa joven se estremeció ligeramente y sus ojos inundáronse de lágrimas que afortunadamente quedaron retenidas en la frondosidad de sus pestañas interminables. Varhely coincidía en el concepto que ella se había formado del Príncipe. Andrés era un hombre que en medio de la desenfrenada modernidad paseaba por el mundo el alma de Werther.

Se habían sentado cerca de las músicas, Varhely que sabía cuánto amaba su amigo a Marsa continuó:

—Mi pobre Andrés está herido. De usted depende que sea una herida mortal o que sane

de ella esplendorosamente... Y no exagero. Usted y él son de estos seres que hoy llamamos "originales" con los cuales no se pueden permitir bromas que producen la hilaridad de los demás.

Amboz intelectuales guardaron profundo



— *Marsa de mi corazón, tu no sabes, no puedes saber el bien que me haces.*

silencio. Marsa parecía presa de un éxtasis doloroso y sublime a la par... Andrés Zilah se acercó jovial y respetoso y Varhely se retiró discretamente. No dijo el Príncipe ni una palabra, pero su mirada era tan interrogativa que Marsa comprendió y alargándole la mano

blanquísima y perfumada le dijo con vehemencia:

—¿Mi contestación definitiva?... ¡Que será la mujer más dichosa del mundo siendo tu esposa!

—Si cualquiera otro me hubiera amenazado con el suicidio, me habría burlado de él. Pero tú eres diferente de todos... y te quiero tanto que no he podido resistir...

Andrés no pareció haber oído las últimas palabras de Marsa... ¿Resistir?... ¿Qué?... ¿Por qué?...

Había corrido a lo alto del puente y allí con un gesto amplio requirió la atención de todos los concurrentes y con voz embargada por la emoción profirió:

—¡Amigos... todos cuantos me aprecian... todos los que me quieren...! ¡Tengo la dicha inmensa de anunciaros que Marsa Laszio acaba de consentir en ser mi esposa!

Todos aplaudieron frenéticamente y las Tziganes interpretaron una marcha nupcial.

Iba a levar anclas el Yatch, cuando una canoa automóvil se acercó a su borda y un individuo saltó ágilmente sobre cubierta. Era un hombre joven, de silueta algo vulgar y mirada insegura.

—¡Hombre, qué sorpresa!—exclamó Andrés Zilah al verle y acudiendo hacia él con la mano tendida—. Te creía en Londres...

—Llegué ayer y me he enterado a tiempo de la fiesta que dabas en el "Espero-Pax".

El Príncipe le tomó del brazo y lo condujo a presencia de su prometida. El recién llegado era uno de sus amigos más íntimos. Marsa al verle se volvió lívida, sus labios se pusieron a temblar y a duras penas contuvo un grito de sorpresa.

—¡Miguel Menko!—exclamó ahogadamente.

Andrés Zilah que no observó la emoción de su prometida le dijo cortésmente:

—Te presento a mi amigo el Conde Miguel Menko a quien quiero como a un hermano.

Menko se inclinó reverenciosamente y tomó asiento al lado de Marsa mientras Andrés se retiraba para dar órdenes al capitán de su navío.

No bien estuvieron solos, Menko adoptando súbitamente una actitud de familiaridad:

—He sabido—dijo—que hoy ibas a prometerme con Andrés... ¡Yo sufro demasiado!... ¡Harto sabes que no puedes ser la esposa de nadie!

Marsa pareció recobrar el dominio sobre sí, le miró con expresión de odio y de profundo desprecio y comentó:

—¿Sufre usted?... La vida es, pues, menos

Recuerde Usted ese título

¡MI HIJO ANTES QUE NADIE!

injusta de lo que me imaginaba... En cuanto a mí, seré la esposa de Andrés... y no me obligue a...

—¡Esto lo veremos!... Ya hablaremos de ello esta noche en tu casa.

—Miserable... ¿En mi casa?

—¡Sí, en tu casa he dicho!

—¡¡Nunca!!

—¡¡Yo lo quiero!!

EL MONSTRUO

Vino la noche llena de trágicas sombras para Marsa. Una inquietud indecible agitaba todo su ser y cuando cerraba los ojos veía distintamente la expresión de mando, de osadía, de autoridad de Menko que repetía: "YO LO QUIERO".

¿Quién era Menko que podía hablar de modo tal a Marsa Laszio?

Pero no adelantemos los acontecimientos y sigamos fielmente el curso de la narración.

Serían próximamente las doce de la noche cuando un criado, con expresión de gran sorpresa anunció a Marsa la visita del Conde Miguel Menko.

Unos minutos después estaban uno frente a otro y Marsa le escupía en el rostro:



Marsa lanzó un estridente chillido de horror y de asco y se arrancó de los brazos que le apresaban.

— ¡Miserable! ¿Cómo has tenido valor para volver aquí? ¿No has temido que te echara encima mis dogos como a un vulgar ladrón?

— He venido dispuesto a impedir como sea que te cases con Andrés.

— ¿Pero es posible que existan monstruos como tú?—gritó Marsa en el colmo de la indignación ante la sorna y la flema de su interlocutor.

— Hoy soy libre—dijo Menko con cierta dulzura, como implorando una clemencia que bien sabía que no había de hallar—, he obtenido mi divorcio—y acercándose más a la joven trató de tomar una de sus manos temblorosas y heladas—. ¡Vengo, pues, a buscar lo que me pertenece!—dijo con vehemencia tratando de besar a la "Tzigane".

Pero Marsa lanzó un estridente chillido de horror y de asco y se arrancó de los brazos que la apresaban. Menko arreció en sus esfuerzos, y mientras trataba de apoderarse de la boca de la joven le gritaba con nerviosidad:

— ¡Eres mía y ya sabes que nada puedes negarme!

Marsa consiguió desprenderse del miserable y corriendo a un extremo de la habitación tomó de una panoplia un afilado puñal florentino y amenazando con decisión a Menko que se había acercado con ánimo de forzarle le gritó:



— ¡No evoques nunca aquel recuerdo, o te mato!

—¡No evoques nunca aquel recuerdo odioso o te mato!

Estas palabras fueron pronunciadas con una decisión tal que Menko retrocedió mientras ella continuaba:

—¡Malvado!... Harto sabes que me engañas-te fingiéndote libre... ¡Después me informé de que estabas encadenado a otra mujer!

—Entonces tú me amabas.

—¿Amarte yo?... ¡Nunca!... ¡Bien sabes que me obtuviste mitad por engaño y mitad por lá violencia!

Menko soltó una carcajada mordente.

—¡Muy bien!... Eres una verdadera artista. Parece que representes un drama en cátoce actos... La vida no es lo que tú te figuras. ¿Has olvidado que conservo tus cartas, que afortunadamente he guardado a pesar de tus súplicas y torpes amenazas?

Marsa le miró consternada. Menko prosiguió con flemma algo afectada:

—Mañana a media noche entraré por la puerta excusada del jardín cuya llave conservo también...! ¡Y volverás a ser mía!... Digo; si es que quieres que te devuelva aquellas cartas.

Menko, como quien ha dicho su última palabra, recogió los guantes, su sombrero, su bastón y saludando ceremoniosamente se retiró,

LA PUERTA ESCUSADA DEL JARDIN

Marsa no cenó aquella noche. Se retiró a sus habitaciones y dejándose caer sobre un sillón clavó su mirada en el horizonte que se divisaba desde la ventana cercana y permaneció así, rígida e inmóvil como una estatua, por un tiempo indefinido.

Pero el reloj andaba con esta indiferencia antipática de los relojes, y dieron las once. Marsa tuvo un sobresalto. A las doce, el villano había prometido introducirse en la finca por la puerta excusada del jardín, como un malhechor, como un vulgar ladrón, o mejor dicho, más miserable que un ladrón porque un ladrón puede robar para subsistir acosado por la miseria, en cambio los ladrones de honras...

Marsa había vuelto en sí del prolongado ensimismamiento durante el cual hubo de convenir definitivamente en que jamás hallaría fuerzas para herir con la horrible confesión, el espíritu enfermo de desengaños del hombre que amaba por encima de todas las cosas.

Y una vez tomada la decisión de ser la esposa del hombre adorado, dispuesta a sufrir-

lo todo para hacerle dichoso aún cuando hubiera de darse la muerte no bien gozados los primeros momentos de felicidad suprema, sintió que se acrecentaba, si cabe, el odio que tenía hacia Menko, el mismo que dentro de unos momentos volvería a enlodarla con el hedor de su presencia.

Y reaccionó, con todas las fuerzas de su alma buscó el modo de defenderse. ¡No, la nueva infamia no se consumaría!

Quedó unos momentos pensativa. El reloj iba adelantando, faltaban doce minutos para dar las doce, y Menko, no había la menor duda de que a las doce en punto estaría allí...

De pronto tuvo una sonrisa de trágico triunfo, y tomando un magnífico mantón de manila, cubrióse las espaldas desnudas que surgían esplendentes de su traje de cena, y se lanzó al parque que circundaba la finca.

—¡Mis leales defensores sabrán salvarme!

Cuando Ortog y Duna la vieron llegar, parecieron demostrar cierta inquietud, sin duda extrañados de la visita de su dueña a horas tales. Marsa les libró rápidamente de las cadenas que les sujetaban fuertemente y después de acariciarles con mano nerviosa los dejó que se alejaran corriendo y saltando vigorosamente y husmeando el suelo como fieras al acecho de una presa probable.

Y Marsa se reintegró a sus habitaciones. Se asomó al balcón que daba al jardín y esperó ansiosa a que dieran las doce.



La lucha fué breve y feroz...

No se hicieron esperar, y bien distintamente pudo escuchar cómo la puertecilla secreta del jardín se abría con cierta cautela... después un silencio absoluto... y seguidamente los gru-



Marsa, no pudiendo resistir por más tiempo la intensidad de tantas y tales emociones, caía privada de sentido.

ñidos feroces de sus perros inmensos y la blasfemia de un hombre.

Ortog se había lanzado a la garganta de Menko con una rapidez que dejó completamente desconcertado al malvado mientras Duna,

menos fuerte, le asía por el brazo y le arrancaba un girón de carne.

La lucha fué breve, pero feroz, aquellos pe-
rrazos locos de furor, se ensañaban sobre el
cuerpo del intruso cual si comprendieran la
 felonía que intentaba cometer. Menko de un
puñetazo vigoroso logró dejar sin sentido a
Duna que rodó por el suelo, pero Ortog se en-
fureció aún más y le dió un bocado enorme en
el pescuezo. Menko estaba cubierto de sangre,
con un vigoroso esfuerzo consiguió despen-
derse del gigantesco animal y tambaleándose
como un beodo ganó rápidamente la puerte-
cilla y después de franquearla la cerró precipi-
tadamente a tiempo que Ortog se abalan-
zaba contra ella.

Menko pudo dar algunos pasos más y cayó
desplomado en brazos de su "chauffeur" que
había acudido presuroso a sostenerle y lo con-
dujo al coche.

Marsa, no pudiendo resistir por más tiempo
la intensidad de tantas y tales emociones, caía
en su estancia privada de sentido.

REC 12. de usted este título

¡Mi hijo antes que nadie!

NOCHE DE BODAS

Llegó el día de la boda feliz y terrible, espléndido y cargado de tinieblas para la que amaba con locura al hombre que iba a ser su esposo.

No había vuelto a saber una palabra de Menko. Al día siguiente de la tragedia el jardinero observó asustado en el jardín trabas de sangre, pero Marsa se mostró confiada en la idea de que se trataba sin duda de un merodeador que había sido sorprendido por los perros mientras se disponía a robar alguna ave de corral.

—Los perros están extenuados... las huellas de sangre siguen el exterior—le había dicho el jardinero.

—Así, pues—comentó Marsa cual si hablara consigo misma—, el miserable... no ha muerto...

—¿Qué dice la señorita?

—Nada... Ni una palabra a nadie...

La proximidad del momento más feliz de toda su existencia alejó de la mente de Marsa las horrendas pesadillas que la perseguían, pero una profunda espina clavada en el corazón

la impedía gozar a pecho lleno la dicha que se le ofrecía.

La ceremonia fué breve y solemne, con este sello aristocrático que los verdaderos magnates saben imprimir a todos sus actos.

Marsa y el Príncipe subieron a su automóvil que se alejó rápidamente y Varhely disponíase a hacer otro tanto cuando un desconocido se le acercó y alargándole un sobre le dijo:

—De parte del Conde Miguel Menko.

Varhely no le dió mucha importancia, tomó el voluminoso sobre y subió a su automóvil sentándose al lado de la Baronesa que estaba radiante de alegría pensando en la felicidad de su idolatrada amiga y de su buen amigo el Príncipe.

Se había convenido que el Príncipe raptaría a su mujer no bien salidos del templo y que los invitados serían obsequiados con el almuerzo de ritual en casa de Luisa Dina, quien representaría a la novia y Varhely el novio.

Y sólo la Baronesa, Vogotzine y Varhely fueron un momento al palacio del Príncipe para saludar a los novios.

Varhely entregó el sobre a Andrés comentando:

—Debe de ser el regalo de Menko que había querido hacer alguna de sus genialidades.

Y el príncipe tomó indiferente el sobre y lo tiró sobre una mesita de palosanto.

Y después de los saludos y los abrazos natu-



— con su vestido de novia estaba encantadora . . .

rales del caso, Andrés y Marsa quedaron “al fin solos”.

Marsa con su vestido de novia estaba encantadora, radiante de idealidad y sensualísima a un tiempo arrobaba al Príncipe que la miraba con verdadera adoración. La tomó por los brazos desnudos y la besó largamente. Fué aquel un momento solemne en que lo divino y lo humano que llevamos todos tumultuosamente confundido en nuestros seres se agitó a un tiempo.

Y al desprenderse del amoroso abrazo Marsa miró casualmente la mesita sobre la que había el voluminoso sobre atado con una cinta, y palideció súbitamente y sintió que una nube ofuscaba su mirada.

—Marsa... Marsa de mi alma... ¿te encuentras mal?

—No... no.. no es nada...

Pero su voluminoso y gracioso pecho se agitaba convulsivamente y no acertaba a apartar la mirada del sobre fatal cuya procedencia haría conocer.

Andrés que no comprendía qué motivos podrían agitarla de tal modo la dijo amorosa, pero enérgicamente:

—Marsa, ¿qué significa esto?... Ya sabes que en adelante nada ha de preocuparte. Nuestro mundo, nuestra felicidad se reduce a dos personas... Tú y yo.

Marsa sonrió, satisfecha, pero sus ojos volían involuntariamente hacia el paquete de

cartas, y Andrés observó aquella mirada y a su vez reparó en el sobre del que a decir verdad ya se había olvidado.

—Cualquiera diría que es esto lo que te turba—dijo tomándolo entre sus manos, y acercándose a ella que miraba sus movimientos con expresión de espanto la preguntó—: ¿Qué puede contener el envío de Menko que te moleste en el momento que debiera ser el más feliz de tu existencia?

—Andrés... no leas estas cartas...

—Tú eres una niña y...

—¡No leas estas cartas... contienen una horrible villanía! ¡Por lo que más quieras, por nuestra felicidad, por el amor que me profesas Andrés... no, es decir... no leas estas cartas!

—Ah... ¿son cartas?—dijo Andrés que a su vez empezaba a barruntar la tragedia que sobre su cabeza se cernía—. Bien—continuó afectando una serenidad que estaba muy lejos de sentir—, no te pongas así. No las leeré... Pero bajo una condición...

—¿Cuál?—preguntó ella anhelante dispuesta a concederle todo.

—¡Has de jurarme que tu nombre no está escrito ni una sola vez en ninguna de ellas!

Marsa dejó caer los brazos a lo largo de su cuerpo en un gesto de desaliento y después, como tomando una resolución definitiva avanzó hacia su esposo implorando con vehemencia:

—Oh, no... ¡Basta de mentiras!... ¡Una he dicho y dispuesta estoy a pagarla con la vi-



— *¡Has de jurarme que tu nombre no está en ninguna de estas cartas!*

da!... Estas cartas... estas cartas son mías... yo... ¡yo he sido engañada por Miguel Menko!

Andrés tuvo una crispación espantosa en los

músculos del rostro que pugnaba en vano por permanecer impasible y no pudiendo contenerse increpó:

—¡Miserable!... Conmigo no tenías derecho a cometer semejante infamia... ¡Qué desengaño!

Y con un gesto irreprimible de extraordinaria indignación la tiró al suelo con violencia.

Y dejando a Marsa presa de una indescripible agitación nerviosa, cerró tras sí la puerta con violencia y salió del palacio dominándose a duras penas para que los criados y el conductor de su automóvil—automóvil que había de conducirle con su esposa a un fantástico viaje de novio—no observaran la horrenda tragedia que se agitaba en su pecho.

LOCA

A la terrible crisis nerviosa siguió un extraño sopor que duró varios días, finalmente no hubo más remedio que recluir a Marsa en una Casa de Salud.

La fiel amiga de la desventurada no se movía casi de su lado y el General Vogotzine estaba desesperado, nadie sabía lo que había pa-

sado entre los esposos en la noche de bodas, pero harto suponían que algún suceso terrible se había desarrollado entre ellos. Por su parte el Príncipe Andrés se había encerrado en su palacio y no visitaba a nadie ni daba explicaciones de ninguna especie a los más íntimos. Varhely, se mostraba igualmente impenetrable.

CUANDO LOS HOMBRES AMAN

Mientras la pobre loca pasaba horas de inconsciencia en el establecimiento que a pesar de sus comodidades es mil veces peor que una prisión, Andrés por su parte, buscaba en vano, retirado en un punto encantador de la costa azul un lenitivo a su dolor.

Había puesto todo su empeño en dar con Miguel Menko a fin de castigarle como merecía, pero a pesar de sus activas pesquisas, no pudo dar con él. Se había averiguado que fué víctima de una agresión y que no bien sanado de sus heridas había salido de Francia sin dejar huellas. Andrés había sufrido una enorme contrariedad con aquella desaparición, pues ello le impedía descargar su ira sobre el verdadero culpable de todas sus desventuras,

Por su parte, Varhely estaba en abierta oposición con él, pues le reprochaba en absoluto su severa actitud respecto a su esposa cuya íntima tragedia comprendía muchísimo más que el propio interesado atenazado por los celos.

Cierto atardecer, ambos amigos habían salido a dar un paseo a caballo por la encantadora costa brava desde cuyas innúmeras tribunas se descubrían vistas sólo posibles para la paleta inspiradísima del gran Artista.

—¡Cómo admiro, mi querido Varhely—dijo de pronto Zilah a su compañero—a los estoicos romanos que abriéndose las venas ante una puesta de sol iban expirando como el día que languidece.

—Yo admiro más a los hombres que escuchando la voz de su corazón por encima de su orgullo y su altivez, saben perdonar a tiempo a la mujer que aman.

Dijo estas palabras con tal sequedad que Andrés le miró severamente, pero Varhely continuó sin inquietarse ni poco ni mucho:

—Yo, francamente, creo que el verdadero cariño no debe detenerse ante un perdón más o menos penoso para el amor propio.

—¡Basta, Varhely!, constantemente me estás zahiriendo con tus sensiblerías imposibles... ¿hablar de perdón antes de castigar al otro?

SALVADOR DE SU ESPOSA

Nada pudo esclarecer el velo que oscurecía la mente de la pobre Marsa. Inofensiva y tranquila permanecía en el Manicomio arrastrando su inconsciencia dolorosa. Luisa Dianti la visitaba constantemente, pero la pobre loca no la conocía.

—Marsa...—le decía tratando de descubrir un hilillo de razón en aquellos ojos tan enormes que un tiempo fueron magnífica tribuna del alma radiante— ¿pero tú no recuerdas?... Fíjate bien...

Pero Marsa la miraba, la miraba... y sólo llamó su atención el brillo de una lágrima que rodaba por las mejillas de la Baronesa.

—¿Por qué lloras?—le preguntó la pobre loca riendo sorprendida—, ¿a todo el mundo le sale agua por los ojos?

La de Dianti no pudo contenerse y estallando en fuertes sollozos se alejó murmurando:

—¡Dios mío... pero es horrible... horrible!

El doctor se acercó a ella y trató de consolarla.

—Doctor... ¿pero si esto es peor que la muerte!

ted no piensa en nada más!... Oh, los hombres, ¡son ustedes bien originales cuando aman!

—Es que...

—Yo sé que usted la quiere. Ella ha llegado hasta a perder la razón por usted... ¿Qué drama, qué tragedia puede haber ocurrido entre ustedes que siendo inmensa no sea menos grande que este amor?

Andrés nada supo contestar, la Baronesa animada continuó:

—Si la viera... oh, es horroroso... Pero el médico ha dado alguna esperanza... si una intensa emoción... si la presencia de usted ante ella...

—No siga, se lo ruego—dijo el Príncipe levantándose agitado—. Sufriría demasiado si la volviera a ver... y en tal estado...

—¡Ah! ¿con que sufriría usted?... Luego la ama y es un egoísta, sí, ¡un atroz egoísta y un cobarde que teme que el dolor venza a su amor propio!

Lo arrastró hasta el coche y velozmente se trasladaron a la Casa de Salud. Al entrar en el edificio y ver a las locas, Andrés no pudo reprimir un gesto de horror, y la Baronesa remachó:

—Sí, Príncipe... esto es un manicomio. Y ella estará aquí... hasta que usted la salve.

Andrés estaba pálido y ansioso... Marsa acudía a su mente con una insistencia avasalladora,

—Si le reconoce—le dijo el doctor—es que coordina ideas... y entonces la curaré sin ningún género de dudas.

—Usted dirá lo que debo hacer.

—Basta con que usted se adelante y comparezca ante ella lo más súbitamente posible.

Y así se hizo. La desventurada Marsa avanzaba inconsciente por un lado cuando de pronto se presentó ante ella Andrés, quien al verla no pudo comprimir un grito de sorpresa y de dolor... ¡En tal estado se hallaba la mujer que... amaba a pesar de los pesares! Por su parte la pobre loca se detuvo instantáneamente y mirándole fijamente avanzó con lentitud... abrió desmesuradamente sus ojos y dando un grito cayó de hinojos ante él exclamando:

—¡Piedad... perdón... esposo mío!

Recuerde usted este título

¡Mi hijo antes que nadie!

MIGUEL MENKO

Es muy frecuente en la vida que cuando un hombre comete una villanía con una mujer ésta sufra el castigo que el hombre merece, mientras aquél sigue su vida tan alegre y campante.

Tal era al menos el caso de Marsa Laszio y Miguel Menko. La primera en un manicomio; el segundo disfrutando en la sin par Florencia.

Y los viajes de recreo, el juego y las mujeres seguían constituyendo las grandes ocupaciones de aquel hombre dichoso.

Pero Varhely, que al fin había podido saber el escondrijo de la víbora tenía un plan, y este plan convergía precisamente en la mismísima Florencia.

No le fué difícil dar con él, y cierta mañana

encarándosele en los Jardines miríficos de Boboli le dijo crudamente:

—He recorrido miles de kilómetros para encontrarle en su madriguera, y obligarle a que salga inmediatamente de Europa, después de devolverme cualquier prueba que pueda comprometer a la Princesa de Zilah en lo sucesivo.

—¿La Princesa quiere que salga de Europa?—dijo Menko reponiéndose rápidamente de la sorpresa y con sorna—: ¿Y su marido? ¿tan poco seguro está de la fidelidad de su esposa?

—¡Miserable!—gritó Varhely fuera de sí ante tal muestra de desfachatez y cinismo—. ¿Se atreverá usted aún a provocarme?

Mientras esto ocurría en Florencia, en Francia, Marsa sanaba rápidamente de su dolencia. La razón había vuelto súbitamente a su soberanía y sólo faltaba reponer sus fuerzas físicas un tanto agotadas.

Pero si Marsa había recobrado la razón era para sufrir los rigores de una realidad implacable mil veces peor que la locura. Y la razón la hacía sufrir tan atrozmente que si vivía era animada por la esperanza de arrancar una palabra de perdón al hombre amado.

Así, no bien abandonó el lecho y se sintió con fuerzas bastantes, se apresuró a escribir a su esposo la siguiente carta:

—Y si analizamos el engaño en sí... ¡Siempre la bajeza, la villanía de un hombre!... ¡Jamás de la mujer!!

—¡Ah, si no fuera precisamente la imagen de este hombre la que se interpone entre ella y yo!

—Usted blasfema, Príncipe. ¿Es que los hombres no saben de ninguna de las sublimidades de la mujer?... ¡Cómo nos desconocen!... Se está usted atormentando ante el espectro de un pasado muerto, mientras ella sólo vive para un porvenir lleno en absoluto de su imagen.

—¿El porvenir? ¿Con quién, conmigo o con Menko?... ¿No ve usted que el miserable tratará de verla, de dominarla nuevamente... máxime después de nuestra ruptura?

—¡Al fin ha venido usted donde yo quería!... ¡Con que son los celos, nada más que los celos!... ¿verdad?... ¿qué importa que ella lllore, que se desespere, que enloquezca por usted? Y cree que sería muy heroico, ¿verdad?, dejar a merced de un malvado a la mujer que usted ama aunque no quiera confesarlo... a SU MUJER

Andrés Zilah estaba nervioso y agitado, no sabía qué responder. Desvió la conversación, se habló de otra cosa con empaque, sin mutua comprensión. Cuando se despidió de la Baronesa, ésta quedó mirándole mientras se alejaba murmurando:

—¡Oh, es bien cierto...! En una pareja de enamorados, ella es la que siempre ama verdaderamente, él, todo lo más, consiente que le quieran.

Al salir Andrés, se topó con Vogotzine que entraba para cumplimentar el encargo de su sobrina, y como quiera que duraba el "alumbramiento" en la mente del veterano General, éste se acercó hacia él jovialmente y le dijo con gran alegría:

—No sabéis, Príncipe, Marsa acaba de recibir un telegrama de Italia. Se ha puesto más alegre que unas Pascuas... Le anuncian la llegada de cierto individuo.

El Príncipe, que no dejó de observar la poca serenidad que en aquel momento gobernaba a Vogotzine, sintió cruzar por su mente que la casualidad y la inconsciencia del buen anciano querían que descubriera una infamia. En efecto, noticioso de que Menko se había refugiado en Italia...

—¿De Italia dice usted?

—Sí... sí... de Italia. Esta noche espera su visita...

—¡Espera a Miguel Menko!... ¡Nadie está tan ligado a su existencia para poder turbarla de tal modo!

—¿Miguel Menko?... hombre, podría ser... cuando usted lo dice...

—Ha dicho usted que esta noche estará en su casa... ¿no?

Y Andrés sin dar la mano al General que a duras penas podía sostenerse subiendo la escalinata del palacio de la Baronesa, se hundió en su automóvil, centelleante de ira.

LA MANO DEL DESTINO

La Baronesa Dinati se engañaba. Cuando los hombres aman realmente, saben defender con la fuerza, con los sacrificios de su orgullo, con la más sublime abnegación a la mujer que aman.

Zilah, espoleado por los celos atroces que le agujoneaban, había comprendido cuánta era la vehemencia de su amor hacia Marsa. Lo que sus desventuras no le hicieron apreciar, lo pudo la visión de que la que no creía amar pudiera ser nuevamente abrazada por otros brazos que no fueran los suyos.

Y decidió defender al objeto de su amor contra todo y contra todos. Así, perdida por completo la serenidad, armóse de un revólver y conduciendo él mismo el suntuoso coche, se dirigió a "su" casa.

Eran aproximadamente las once de la noche, un criado intentó obstruirle el paso.

—¡Imbécil!—le gritó furioso dándole un empuellón—, ¡atrás...! ¡Yo soy el amo en esta casa!

Y saltando de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera del hal, llegó en un instante frente a la puerta de la habitación de Marsa. Escuchó y percibió distintamente la voz de ella junto con la de un hombre. Ya no vaciló ni un instante más, y tomando el arma de que se había provisto, se dispuso a hacer justicia castigando al único culpable de todas sus desgracias, borrando de un gesto el pasado odioso.

Y abriendo furiosamente la puerta apareció súbitamente en su dintel con el brazo levantado dispuesto a disparar... Pero tuvo un gesto de sorpresa y la mano dejó caer el arma. Marsa estaba en efecto junto a un hombre, pero era éste Yanki Varhely, el fiel amigo de ambos.

—Perdonen...—balbuceó confuso el Príncipe—había imaginado...

Varhely se acercó a él tomándolo por los hombros insinuó un abrazo al que se adhirió Zilah de todo corazón.

Y ya más respuestos todos de la emoción que la escena les había producido, explicó cómo al requerir a Menko para que abandona las tierras de Europa había sido provocado por él mismo lo que muy a su pesar le obligó a situarse frente a él en el campo del honor. Y

quiso el destino que la bala de Varhely atravesara el cuerpo del desventurado dejándole agonizando instantáneamente.

—Sus últimas palabras han sido de confesión y arrepentimiento—terminó Varhely—



— *Expiró murmurando; «Marsa es una santa»*

expiró murmurando: "Marsa es una santa".

Y tras estas palabras Varhely besó la mano de Marsa con profundo respeto y Zilah sintió toda la fealdad de su orgulloso proceder cerea

de aquella desventurada que tanto había sufrido por su poca piadosa actitud.

Pocos minutos después quedaban solos Andrés y Marsa. Ella fué la primera en hablar y acercándose sumisa y suplicante a él dijo con la voz velada por las lágrimas:

—No era necesario que la sangre borrara un pasado aborrecido... ¡Cuánto lo he expiado ya!... ¡Cuánto he sufrido, Dios mío!...

Zilah encastillado en los últimos baluartes de su amor propio pugnaba aún por defenderse contra los ataques de su propio corazón.

Marsa se arrodilló a sus pies, y tomando la mano del hombre que amaba la besó con fruición. Después dijo con sumisión y vehemencia:

—¡Y yo también he de morir... lo comprendo!... ¡lo ansío!... ¡pero perdóname, perdóname antes!...

Fué tal la entonación de su voz, tal la sumisión femenina de su gesto que Andrés ya no pudo contenerse más, levantó la cabeza de aquella mujer que tanto amaba y tanto había sufrido por él y después de penetrar hasta lo más hondo de su lúcida mirada acarició sus sedosos cabellos y levantándola dulcemente la colocó muy junto a su corazón. Marsa tenía los ojos clavados en los suyos, asistía como embriagada a una fantástica aurora de felicidad.

—¡Mujer!... ¡mujer mía!... ¡Tú debes perdonar mi desmedida crueldad!

La Leyenda de los Príncipes Zilah iba a ser vivida esta vez esplendorosamente por dos seres a quienes el destino puso a prueba su verdadero amor. Y este amor tan hondo, tan fuerte, tan sublime quedó sellado con un beso salido del alma; un beso como los que sin duda se dan los ángeles, libres de las malas pasiones que pesan sobre los humanos, libres esencialmente de rencores y orgullos, amplios para el perdón.

FIN

Biblioteca Films

celebra este mes de Marzo su
TERCER ANIVERSARIO

Imprimiendo siempre un nuevo impulso a la marcha triunfal de su desarrollo, se complace en comunicar a sus numerosos lectores que acaba de adquirir la propiedad exclusiva de la importante editorial:

Las Grandes Novelas de la Pantalla

(La primera novela cinematográfica)

Serán los próximos primeros títulos:

El sol de media noche

¡Mi hijo antes que nadie!

Mi buen párroco y los ricos

verdaderas e interesantes novelas de vigoroso y sugestivo asunto, con lujosa portada a varias tintas, y profusión de fotografías engarzadas entre el selecto texto, reuniendo en un solo tomo, una preciosa novela y un interesante álbum de reproducciones fotográficas.

Pida hoy mismo el CATÁLOGO GENERAL de

Biblioteca Films

Las Grandes Novelas de la Pantalla

Films de Amor

Biblioteca Infantil Cinematográfica

Cuentos Cinematográficos

¡¡ PRONT !!

¡¡ PRONTO !!

CINE-FOLLETÍN

Solicitamos corresponsales

Biblioteca Films-Apartado Correos 707-Barcelona

EN BREVE aparecerá la sugestiva y
amena publicación que os
cautivará, y será vuestra lectura preferida

CINE - FOLLETIN

La primera obra maestra, que aparecerá en ella,
será el argumento de la famosa película

La esposa indigna

Inspirada en la sensacional novela de

JEAN CASAGNE

y novelada por el Director literario de BIBLIOTECA FILMS

Alfonso Castaño Prado

cuyo asunto de interés vibrante y emotivo, constará de

10 cuadernos a 20 céntimos cada uno

TITULOS DE LOS FASCICULOS:

AMOR Y DINERO	LA CALUMNIA
LA VIRGEN ENAMORADA	EL ZARPAZO
VILEZA Y HEROISMO	LA TORMENTA
¡¡MADRE!!	LAS GARRAS DEL PASADO
EL GRAN "CHANTAGE"	¡AMOR!

Láminas a varias tintas - Profusión de fotografías
reproduciendo con exactitud las principales esce-
nas de la novela - Texto selecto y abundante.

Precio de suscripción a la obra completa o sea los
DIEZ CUADERNOS **2 pesetas** - Franqueo gratis

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS - Apartado, 707 - Barcelona

COLECCIONE Vd.



LA MAS SELECTA NOVELA CINEMATOGRAFICA

Volúmenes a 50 cts.

N.º	TÍTULO	Protagonista	Postal
1	El templo de Venus . . .	M. Philbin	M. Philbin
2	La tierra prometida . . .	R. Meller	Tina Meller
3	Sacrificio	Fay Compton	Fay Compton
4	En las garras de la duda .	Leda Gis	Capozzi
5	Ruperto de Hentzau . . .	Lew Cody	Hammestein
6	El tren de la muerte . . .	Cayena	M. Harris
7	La esposa comprada . . .	Alice Terry	Alice Terry
8	El juramento de Lagardère	G. Jacquet	J. Farrell M.
9	Buda, el Profeta de Asia .	Himansu Ray	P. Marmont
10	La princesa que amaba al amor	A. Manzini	L. La Plante
11	La Hija del Brigadier . . .	Nora Gregor	Clara Winsor
12	La fiera del mar	J. Barrymore	R. Denny
13	La mujer que supo amar .	Doris Kenyon	P. Ruth Miller
14	Faust	E. Jannicgs	Ch. de Rochefort
15	La que no sabia amar . . .	A. Moreno	F. Widor
16	Una extraña aventura de Luis Candelas	M. Soriano	B. Wasburn

Solicitamos corresponsales

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío de su importe en sellos de correo. — Remítam cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.

Biblioteca Films — Apartado de Correos 707 — Barcelona

050 pp 6